

La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI

Ensayo desde la experiencia



JAVIER GARCÍA¹

¿Cómo preservar lo esencial de la transmisión del psicoanálisis de las resistencias institucionales y culturales actuales, y cómo adecuarse a los nuevos formatos de las demandas de formación sin perder lo esencial que hemos recibido de las primeras generaciones de analistas? En el siguiente ensayo, trataré de responder a esta pregunta a partir de mis experiencias, que me han llevado tanto a intercambiar ideas con otros como a cambiar mis ideas.² La razón de la pregunta que da lugar a este ensayo gira en torno al desafío de los institutos de psicoanálisis y de la formación de analistas en estos tiempos.

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy
- 2 El ensayo parte de mis experiencias prácticas como docente, supervisor, analista, director de mi instituto (Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay), coordinador de la Comisión de Plan de Estudio que creó el nuevo plan de estudio del instituto de la APU (modelo uruguayo) en 1990, como integrante del comité de educación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), como uno de los fundadores y primer director del Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP).

¿MODELOS DE FORMACIÓN?

Frente a la falta de un acuerdo acerca de la teoría psicoanalítica y del objeto del psicoanálisis que dé unidad a nuestra asociación internacional, la diversidad existente orientó la unidad a la exigencia de ciertos estándares formativos. El formato oficial era el llamado modelo Eitingon, y, una vez aceptados ciertos cambios ya existentes en algunos institutos, la unidad está ahora en la aceptación de los también llamados modelos francés y uruguayo. Ciertamente, aun con variantes sobre las cuales se pudieron desarrollar largas discusiones no siempre muy productivas, los tres «modelos» reúnen la característica de articular de diferentes formas y con diferentes tiempos y simultaneidades el análisis personal, la formación teórica y la formación en práctica supervisada. También el modelo uruguayo mostró desde sus comienzos en los 70³ un cambio en la estructura del instituto y de las funciones didácticas. Estos cambios consistieron en una desconcentración del poder del «didacta» y una mayor democratización institucional con la creación de las funciones y los grupos didácticos.

Las discusiones que llevaron a la aceptación de tres modelos de formación en la API sobre la frecuencia semanal del análisis llamado *didáctico*⁴ suscitaron temas interesantes y muchos de ellos sustantivos del «hacerse analista», pero nunca fueron temas atados al número de sesiones puesto que la constitución y el trabajo en transferencia bien se pueden dar con una y otra frecuencia, a veces indistintamente. En diferentes lugares tenemos experiencia de ello, con dificultades, por cierto, y con éxitos razonables también. No obstante hay algo cierto, sustantivo: la experiencia analítica central es una experiencia inconsciente en transferencia y ella solo puede darse en situaciones de intensidad analítica, lo que implica una alta frecuencia, aunque no podamos decir exactamente cuántas sesiones

3 Viñar, M.; Fulco, C.; Casas, M.; Uriarte, C. (2005). *Modelo uruguayo-Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Parte B, Argumentación*; La Reforma. (Inédito). Biblioteca APU.

4 Didáctica remite a *enseñanza, instrucción*, y, cada vez más, hay opiniones de que el psicoanálisis de los aspirantes y candidatos no consiste en una enseñanza del psicoanálisis ni de su práctica clínica. El acento está, también cada vez más, puesto en que se trata de un psicoanálisis personal en las mejores condiciones de encuadre posibles.

semanales eso requiere, con qué distribución, de qué tiempo y con qué estabilidad de mantenimiento. Lo mismo se agrega ahora con los análisis concentrados (*shuttle analysis*) y los análisis por Skype (*remote analysis*). La demanda de análisis desde lugares donde no hay analistas requiere concentrar sesiones presenciales y mantener la continuidad mediante sistemas de comunicación por internet como Skype. Ambas modalidades se complementan para disminuir sus limitaciones y permiten realizar análisis allí donde aún no hay instituciones ni analistas.

Sobre todos esos ítems hay reglas, pero no necesariamente están articuladas con las buenas experiencias. Hay experiencias variadas desde los inicios del psicoanálisis en Freud y luego en muchos otros autores. De modo que parecería que lo único que podríamos llamar «modelo» es la articulación —de un modo u otro— del análisis personal, las supervisiones y la formación teórica. Luego, de qué forma se da esa articulación, si es simultánea o no, o si es parcialmente simultánea, si es en presencia o a distancia, si es episódica o continua, con qué variantes singulares más bien serían variaciones del modelo que, desde el punto de vista formal, no parecen sustantivas en cuanto a lo que determinan en la formación. La articulación no es formal, es singular, se da en cada analista en formación de un modo particular, a modo de cristalizaciones, a veces con tiempos de articulación que responden más al a posteriori que a la simultaneidad temporal real.

Los institutos ofrecen cierto marco y recorridos posibles para que cada uno arme una trayectoria singular y diferente dentro de lo homogéneo de las reglas. A veces supervisores y docentes de seminarios nos creemos que «formamos» analistas y obviamos esa condición tan humana del sujeto que se arma o construye en ciertas condiciones que lo hacen posible pero que dependen de lo inconmensurable de la experiencia de cada uno. Por cierto, es una idea bastante a contrapelo de las tendencias culturales actuales que sortean al sujeto, tanto psíquico como social, pero quizás por ello se nos exige cierta fuerza para resistir estas olas de pragmatismo que golpean la condición humana. También es cierto que la cosa humana, y muy especialmente la experiencia inconsciente en transferencia, puede quedar aplastada por una tendencia excesivamente reglamentarista que intente ligar las condiciones del análisis a números, alternancias, períodos, duraciones, categorías de analistas o categorías de los analistas habilitados.

Todos sabemos que siempre se encuentran explicaciones muy bien sustentadas teóricamente para cualquier regla que se quiera sostener.

Me parece importante, entonces, en medio de tantas fuerzas que hacen difícil la producción de un sujeto, hacer todo lo posible por sostener ese delicado lugar de gestación de cada analista en la singularidad de cada experiencia. Querer reglamentar los cruces y engarces de estas vertientes de experiencias y campos es como querer controlar y universalizar la singularidad. Por el contrario, esta singularidad de la formación de cada aspirante y candidato es una pequeña delicada joya a cuidar, a preservar, cultivándola para hacer producir a esta diversidad. En este aspecto artesanal y singular ubico uno de los rasgos esenciales de la formación de analistas.

A partir de lo anterior, y de otros problemas de la transmisión, podemos saber y sostener que muchas formalizaciones de la formación funcionan más como obstáculo de la transmisión del psicoanálisis, más como resistencias a encarar nuevos caminos necesarios que como necesidad de una formación cabal. En países donde no existen institutos, a pesar de todas las dificultades de un trabajo inaugural, están las experiencias muy ricas de trabajar con pocas formalidades.⁵ El *board* del instituto requiere resolver muchas situaciones singulares, tanto de los análisis y de las supervisiones como de los seminarios, porque las personas llegan con formaciones y experiencias tan diversas que es necesario capitalizarlas y no desconocerlas. El desafío es incluir las diferencias. También presentan posibilidades muy diversas para hacer un análisis personal, aun con grandes sacrificios personales. He aprendido mucho contagiando y dejándome contagiar el deseo de formarse a pesar de las grandes dificultades. Un espíritu innovador, creativo y efervescente que vendría muy bien recuperar en todos los lugares donde trabajamos.

5 García, J. (2011). The training of psychoanalysts in Latin American countries without ipa institutions: antecedents, experiences and problems encountered. *The International Journal of Psicoanálisis*, 92(3), 715-731. Londres: Institute of Psychoanalysis. / Javier García. (2012). La formación de psicoanalistas en los países latinoamericanos que no tienen instituciones de la IPA-FEPAL. Libro Anual de Psicoanálisis, xxvii.

CEDER EN EL CONTROL INSTITUCIONAL DE LOS ANÁLISIS

Uno de los elementos de control en la formación ha sido el análisis «didáctico». Es ya muy difícil seguir sosteniendo que hay un tipo especial de análisis para aspirantes y candidatos y que hay un tipo especial de analistas para aspirantes y candidatos. En buena parte de los institutos esto ya no es exactamente así, se le ha cambiado el nombre⁶ y se ha ampliado el grupo de analistas habilitados aunque se siga manteniendo algún requisito sobre los análisis. La verdad es que no encuentro que haya una forma de asegurar ni de velar por que los análisis se realicen dentro de un perfil que sea mejor que otro. Podemos decir que tienen que tener una frecuencia intensa que permita la transferencia inconsciente como experiencia desde la cual trabajar lo inconsciente. Pero esto no va ligado a un número determinado de sesiones ni a una extensión de cada sesión, ni de continuidad, ni ritmos fijos, ni siquiera de tipo de analista. La ritualización de los análisis mediante sus encuadres se ha transformado también en un fuerte mecanismo resistencial (del analista y de la institución) que lleva con frecuencia a impases.

Por otra parte, toda intervención de la institución sobre los análisis mediante reglamentaciones, exigencias, encuadres, determinación del tipo de analista no hace sino distorsionar las necesarias libertad y privacidad que exige analizarse, lo que nunca es sin costos analíticos para ese analizando y ese análisis. Inevitablemente la institución por medio de los «análisis didácticos» controla e introduce ideología de cómo deben ser un análisis y un analista. Por ejemplo, en criterios de «normalidad», en ideas de cuándo terminar un análisis y cómo. Me refiero a listados más o menos reglados de cómo deben ser las cosas en un análisis y de cómo se llega bien o no a un fin de análisis. Algunos de ellos muy exhaustivos y bien fundamentados, pero que no se ajustan al carácter singular de cada análisis. Sé lo que significa para una institución sería dejar liberados los análisis sin ningún requisito, pero también reconozco que hasta ahora los

6 Análisis de formación, análisis con analista del instituto, entre otros.

requisitos no han significado ninguna seguridad o certeza de buen análisis, si es que las puede haber.

Creo que deberíamos, cada vez más, liberar los análisis de aspirantes y candidatos y dejarlos totalmente por fuera de toda reglamentación institucional. Lo que corresponde a un instituto es valorar, a grandes rasgos, si alguien está en condiciones de llevar adelante un análisis, a partir de su práctica supervisada y de sus presentaciones clínicas. Pienso que esta objeción se tendría que extender también a los juicios de las comisiones de admisión que trabajan por medio de «entrevistas psicoanalíticas» evaluando así las condiciones para entrar al instituto. La aplicación de criterios psicoanalíticos fuera de contexto analítico no debería tomarse tan naturalmente. Y el hecho de que un órgano institucional recepcione material privado de la vida de un aspirante a los efectos de evaluarlo (cuando las entrevistas son de este estilo) no debería tomarse con tanta aceptación. Ni hay elementos probados que avalen pensar que son criterios y métodos ciertos, ni podríamos decir que están exentos de efectos institucionales indeseados.

¿PLURALISMO O PLURALIDAD EN LA FORMACIÓN ANALÍTICA?⁷

En distintos institutos viene predominando la tendencia a transmitir y/o enseñar distintas líneas de desarrollo teórico dentro del psicoanálisis e, incluso, la tendencia a hacer coexistir distintas formas de comprensión de un material clínico, de pensamiento metapsicológico y de modos de trabajar en transferencia y la transferencia y de cómo intervenir en ella. Esta coexistencia de las diferencias incluso ha adquirido un sesgo ideal en cuanto a lo que debería pasar como meta en la formación de analistas y en las discusiones científicas. Se trata del *pluralismo teórico* y, más aún, del *pluralismo* en general, lo cual nos ha traído no pocas dificultades tanto en la idealización de la meta pluralista como en no hacer producir las diferencias, en la medida en que no se sostienen y defienden confrontativamente. Es fuerte el riesgo del «todo vale» o todo es más o menos

⁷ García, J. ¿Pluralismo o pluralidad? Congreso de FEPAU. San Pablo, octubre de 2012 (inédito).

igual, lo cual, al aplastar las diferencias, abre el camino a una *Babel light* sin confrontación científica.

El *pluralismo* consiste en una o varias corrientes o doctrinas filosóficas presocráticas: Anaxágoras, Empédocles, Demócrito, respondiendo a los problemas planteados por Heráclito y Parménides respecto a que todo se mueve, reunían ideas en torno a la realidad y a su existencia cambiante, no unívoca, es decir, más de una realidad.

Pluralismos posteriores, en la filosofía moderna y contemporánea, en reacción contra el monismo del idealismo alemán y del materialismo del siglo XIX.⁸ «La más conocida de las doctrinas filosóficas pluralistas contemporáneas es la de William James, basado en la idea de libertad interna» (*ibid.*), es decir, sistemas de ideas, doctrinas, ideologías filosóficas que en muchos casos reunían ideales, ideas en el lugar de metas, eso que, según el psicoanálisis, se conforma con relación al superyó-ideal del yo, en basculación con el yo ideal. No habría uno sino varios «pluralismos» como sistemas de ideas, y cada uno implica una cierta concepción del mundo y de la forma de pensarlo.

Por otro lado —y lo contrasto así para diferenciarlo del pluralismo como ideología filosófica, religiosa, política, como concepción del mundo—, tenemos un fenómeno que sucede con las ideas en nuestra época. Todos los grandes sistemas de ideas, así como los ideales implicados en ellas, entraron en crisis y dejaron multitud de discursos parciales coexistentes. Estos movimientos o caídas, junto con la concentración del poder en el hombre, en especial en el páter familias —aunque también en aquellos que representaban ese patrón a nivel ideológico, político y filosófico, entre otros—, no son lineales y coinciden con la existencia de fundamentalismos religiosos, a veces de movimientos nostálgicos.

Aunque el psicoanálisis no sea una ideología como forma de concebir el hombre y el mundo, sobre él se han creado distintos sistemas de ideas, en general resistenciales, respecto a la meta de descubrimiento del inconsciente. Estas ideologías, tanto de base científica como política, no siempre

8 Ferrater Mora, J. (1979). *Diccionario de filosofía* (2605). Madrid: Alianza Editorial.

diferenciadas, quedaron afectadas por la caída de los grandes sistemas de ideas. Hemos ido perdiendo parte de la argamasa pero no necesariamente los ladrillos, los sistemas unitarios de ideas, y disponemos de multitud de discursos diversos y coexistentes así como de mestizajes de discursos.

En este sentido, el *pluralismo* en psicoanálisis parece responder también a un resquebrajamiento de las unidades teóricas representadas por escuelas psicoanalíticas y al reconocimiento inevitable de la coexistencia de discursos teóricos múltiples. No se trata de una nueva concepción del psicoanálisis y del hombre que designemos *pluralismo*, se trata del reconocimiento de una realidad plural, diversa y mestiza a partir de la cual pensamos y en la cual tenemos nuestras experiencias psicoanalíticas. La ilusión de unidad se ubica muchas veces en la clínica, al decir: «en el fondo, pensamos todos lo mismo cuando se trata de un caso clínico» o «detrás de la diversidad de lenguajes la experiencia es siempre la misma». Lo que Willy Baranger llama *piadosa ilusión*, y agrega: «cómo si una experiencia ubicada esencialmente en un nivel de lenguaje pudiera ser indiferente a la diversidad de los idiomas».⁹ Afirmación más que interesante dentro del psicoanálisis pues sitúa las experiencias analíticas bajo la influencia determinante de los discursos de cada época y cultura. Podríamos decir que el psicoanálisis, aún más, lo inconsciente, dependerá de los discursos de cada época y cultura, lo que puede quedar vinculado a la idea de «sujeto» y de «producción de sujeto» en una época de pluralidad de discursos.

La multiplicidad de discursos antes unificados bajo cierta fuerza absolutista de un patrón es un reconocimiento que implica una pérdida, la pérdida de un «absoluto». Esta pérdida nos enfrenta a los límites del conocimiento, al desvalimiento, a la castración, desde esta diversidad inacabada de discursos.

No hay elementos para pensar que estemos frente a un nuevo pluralismo filosófico o ideológico que dé cuenta de un sistema de ideas, una forma de ver el mundo y los pensamientos que nos prometa una imagen más acabada del hombre. Estamos sí en un momento de reconocimiento

9 Baranger, W. (2011). Acerca de la situación actual de la APA en relación a la teoría psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, LXVIII(2-3). APA; Buenos Aires.

de la pérdida de sistemas de pensamiento unitarios y del reconocimiento de discursos no solo inacabados sino diversos y mestizos. Como suele suceder con la castración, esas construcciones del absoluto se fueron *descascarando*, *erosionando*, *cascando* sucesivamente hasta caer, al menos en parte, y esto —pienso— es lo que ha generado una *pluralidad* (de saberes, experiencias, ideologías institucionales y poderes).

Uso intencionalmente la palabra *pluralidad* y no *pluralismo*, pues este último es un concepto que puede identificarse con una teoría, filosofía o ideología definida así. También el pluralismo puede ser una definición política inevitable como acuerdo entre partes que piensan muy diferente para conservar un grupo o institución. Un pacto de sobrevivencia, un acuerdo de coexistencia.

En cambio, entiendo que la *pluralidad* no es el resultado de una búsqueda ideológica sino el resultado del *descascarado* y hasta el inevitable *cascado* de las teorías e ideologías —lo que resta como segmentos desprendidos y lo que resta del tronco luego de desprenderse esos segmentos—, todo lo cual se trabaja en diferentes re-armados nuevos. Algunas de estas reconstrucciones-construcciones-innovaciones son apenas personales y transitorias, en cada sesión y con cada paciente, otras corresponden a una articulación-creación o innovación de teoría o son la consecuencia de disponer de diferentes teorías incompletas que inter-actúan en las discusiones científicas y en el interior del pensamiento de cada analista. Implica el reconocimiento de nuestro mestizaje. Pongo el acento entonces en mi preferencia por hablar de *pluralidad mestiza* y no de un ideal de *pluralismo*.

UN INSTITUTO ABIERTO

En primer lugar, un instituto que ofrezca las mejores condiciones para que alguien pueda formarse como psicoanalista, que ubique a quien se está formando en un lugar activo de experiencias clínicas y teóricas, poder elegir un camino con sesgos singulares. Poder elegir seminarios tanto por temas como por autores y docentes. Lo sustancial no radica en que nosotros formemos analistas. Esto es más una creencia. Lo sustancial está en crear las mejores condiciones para que un analista se forme transitando a su modo la aventura del análisis, la teoría y la clínica supervisada.

Especialmente porque no es una disciplina en la que lo central sea el conocimiento consciente, sino el transitar por experiencias mixtas y muy singulares de descubrimiento del inconsciente.

Mi preocupación máxima hoy es no perder esta esencia del psicoanálisis frente al alud de exigencias estandarizadas de resultados aparentes. Ofrecer lo central del recorrido y el aporte teórico freudiano como núcleo fundante del conocimiento y formación del analista y como paradigma del recorrido de investigación y creación de conocimiento. Ofrecer seminarios que introduzcan el conocimiento y experiencia de las grandes líneas post-freudianas en un ámbito de pluralidad teórica, es decir, de límites teóricos. Ofrecer las articulaciones teórico-clínicas realizadas por Freud en sus historiales u otras de otros autores destacados. Acercar a la problemática de las grandes estructuras psicopatológicas como alternativas humanas de transacción entre los deseos y las defensas. Toda esta práctica teórica a la vez que se experimentan prácticas analíticas con analizandos y el propio análisis personal configurarían un crisol para el tránsito por el instituto en que cristalizarían de forma singular esas experiencias.

Me parece muy importante tratar de evitar todo lo posible el exceso de reglamentación, uniformizaciones y funcionamiento burocrático que vacíe las riquezas de la diversidad y singularidad. Nuestra historia desde S. Freud y el comité de los siete anillos¹⁰ nos ha marcado por el control de lo que se transmite y de lo que se hace, lo cual se constituye en una gran resistencia, un gran obstáculo para el crecimiento y para la transmisión creativa. Hemos desarrollado institutos dentro de las sociedades psicoanalíticas para evitar fracturas y sumar controles. Hemos asimilado muchas veces los funcionamientos de las sociedades y de los institutos a los encuadres analíticos y a sus modos de comprensión. Hemos quitado así a los institutos la apertura a un horizonte nuevo y renovado con cada generación, de intereses y nuevos matices por desarrollar. La disminución de los controles en sus diferentes formatos y la des-ideologización

10 Comité secreto de los siete anillos que fue formado a partir de la idea de Ferenczi para defender las posiciones de Freud frente a Jung y los disidentes. Jones le comunica a Freud esta idea en el verano de 1912.

«psicoanalítica» de los funcionamientos institucionales son necesarias para disponer de institutos abiertos al futuro y enlazados a la sociedad donde están insertos. Posiblemente la independencia cada vez mayor de los «análisis didácticos» y la no reglamentación del encuadre ni del tipo de analista que los puede conducir sean necesarias para lograr esa disminución de los controles y de las reglas burocráticas. Cuidar antes que nada la privacidad y singularidad de los análisis, pero no menos lo singular de la construcción de un candidato a psicoanalista.

NO CEDER AL PRAGMATISMO TÉCNICO EN PSICOANÁLISIS:
«LOS ANALISTAS Y SUS PRÁCTICAS»¹¹

No puede obviarse el contexto múltiplemente heterogéneo en el que nos movemos a la hora de discutir, si no queremos quedar ubicados en el ámbito que figuraba aquella metáfora de Freud entre el oso blanco y la ballena: discusión imposible. ¿Podríamos acaso esperar que un psicoanálisis que se insertó y desarrolló históricamente en un ámbito médico-universitario, en el que incluso los institutos de formación pertenecieron en algunos casos a universidades, se piense independientemente de esa influencia contextual? ¿Podríamos pensar que el psicoanálisis que se insertó fundamentalmente en compañía de las ciencias humanas deje de lado esa herencia en el momento de pensarse a sí mismo? ¿Podríamos dejar de lado los contextos históricos y culturales donde cada grupo nació y creció? ¿Acaso las exigencias actuales de cada sociedad en cuanto a educación y salud no ejercen influencia en nuestro pensamiento cuando son decisivas a la hora de las inserciones laborales y sociales?

La consideración de los diversos contextos no elude necesariamente la discusión psicoanalítica, pero relativiza la pureza del campo científico pues muestra la inevitable mezcla ideológica que lo integra. Es otro de nuestros mestizajes. Este reconocimiento no es poca cosa, pues lo que puede ser considerado un problema extrínseco al psicoanálisis que incide

11 García, J. (2003). Los psicoanalistas y sus prácticas. *Revista de Psicoanálisis*, 60(2), (287-292). Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina.

negativamente sobre lo que el psicoanálisis debe ser es la misma trama en que el psicoanálisis puede darse. Entre otras cosas porque cualquier juicio analítico ya existente sobre las mejores condiciones para el psicoanálisis también dependió de un contexto. Más allá de ese contexto humano y a la vez científico, social y cultural donde se desarrolla, no hay psicoanálisis posible.

Para que esta afirmación sea responsable corresponde que nos detengamos al menos en un problema: ¿se define el psicoanálisis por una técnica? Todos sabemos que este es un punto de importantes diferencias entre psicoanalistas, y, por lo mismo que expresé antes, no es mi idea que estas se resuelvan sino que las trabajemos, las hagamos producir. Sabemos también que la referencia a un encuadre común ha adquirido mayor énfasis para sostener la unidad en la API frente a una multiplicidad teórica. Ahora bien, si fuéramos una disciplina médica no hay dudas de que no es lo mismo un quirófano aséptico que uno séptico. Pero la comparación con la medicina, recurso que utilizó muchas veces Freud, por cierto, arriesga sortear que el psicoanálisis tiene tanto un objeto como un instrumento subjetivo.

Entiendo que este es un punto de múltiple discusión pero también es un pensamiento al que, como muchos otros, no renuncio. La función analítica pasa por la capacidad de tolerar y poder trabajar la actualización transferencial de los conflictos inconscientes del analizando. Esto implica al analista, sus afectos y pensamientos, sus conflictos, su historia y, en ellos, el contexto social y cultural donde esto se despliega. La técnica, en mi opinión, es inseparable de la mente del analista, por así decirlo, porque, a diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas como la medicina, la química o la ingeniería, no disponemos de un saber impersonal que apliquemos sobre otro. Esto, claro está, no quiere decir que no dispongamos de teorías, de pautas o lineamientos técnicos, pero estos están incorporados al funcionamiento de cada analista, recreados y puestos en juego en cada análisis, cada situación transferencial de un análisis, lo que jerarquiza la idea de singularidad. Está en nuestro quehacer científico extraer de estas singularidades elementos trabajables a posteriori, pero siempre en consideración del contexto de donde surgen. No es para nada menor pensar que es solamente a partir de una

singularidad transferencial que podemos escuchar y pensar un material. Las aplicaciones teóricas que no tienen en cuenta este necesario punto de partida y límite de nuestra escucha multiplican ilimitadamente sentidos inefectivos.

Como consecuencia, pienso que la formación de un analista no consiste en un entrenamiento técnico. Si algo sustantivo y no solo formal tiene nuestro acuerdo básico de articular el análisis personal, la formación teórica y la práctica analítica supervisada, es pensar esa articulación en cada analista. Los institutos pueden brindar esas vertientes simultáneamente o no, pero lo sustantivo es que cada analista pueda experimentar singularmente esta peculiaridad psicoanalítica de disponer y disponerse como instrumento. Ninguna escuela, por más monoteórica que se pretenda, puede asegurar la formación de un tipo de analista y el ejercicio de un psicoanálisis. Algo estimulante que tiene la pertenencia a una sociedad internacional es el encuentro de trabajo con analistas de formaciones muy diferentes en los que podemos reconocer finas singularidades en el acceso a nuestro objeto común. Claro que para ello requerimos de cierta renuncia a nuestras pasiones racionales y tribales, lo que no es fácil.

Por lo expuesto, mi concepción del psicoanálisis y la formación de analistas implica la incorporación de elementos para disponerse como instrumento de análisis, entre los cuales también están los recursos técnicos necesarios.

Estrictamente en un psicoanálisis no todo es psicoanálisis. Podemos pensar que hay momentos preparatorios de otros más analíticos, momentos de contención, compañía, reflexión, etcétera, pero lo importante es la actitud y meta analítica allí en juego, aun con las diferencias con que podamos pensarlas. Por esta razón, en situaciones con otros encuadres, sean cuales sean las causas de esas variantes, la función analítica siempre es requerida, en la capacidad de escucha de la transferencia, en la oportunidad, dosificación y tipo de intervención y en sus metas. Es decir, en lo que, en mi opinión, hace a lo fundamental de un analista.

El tema del encuadre, por otra parte, no es desligable de la posición de cada analista y con cada paciente. Todos podemos convenir de alguna forma en que una alta frecuencia de sesiones es una buena condición

para analizarse. Pero no podemos desvincular esta idea de nuestra concepción de la transferencia y del trabajo en ella. No es la misma posición para quien disponga de referencias fundamentalmente kleinianas del trabajo de la transferencia-contratransferencia que para quien las tiene a partir de la teorización lacaniana. Y si nos referimos a Freud, la multiplicidad de referencias se acentúa. Pero hoy raramente nos encontramos con líneas teóricas puras, lo cual constituye nuestro particular mestizaje. Efectivamente, la(s) teoría(s) psicoanalítica(s) no tiene(n) la función de un texto religioso ni es/son igualable/s a la función de la teoría en ciencias básicas, por ejemplo. Son «andamios», decía Freud al comienzo de «las pulsiones y sus destinos», que nos pueden permitir ir armando redes significativas de palabras con cada paciente y, en otro nivel y momento, entre analistas.

Por estas razones prefiero hablar de psicoanálisis en diferentes encuadres antes que establecer una distinción, siempre difícil, entre psicoanálisis y psicoterapias psicoanalíticas. Prefiero hablar de los psicoanalistas y de sus diferentes prácticas. No soy ajeno a que muchos de esos encuadres se alejan del psicoanálisis que concebimos, por ejemplo, para quienes se forman como analistas. Con él me refiero a las condiciones que consideramos mejores para los objetivos de la investigación del inconsciente y los cambios psíquicos. Para los aspirantes y candidatos, así como para muchos pacientes, la alta frecuencia es conveniente. Pero esta no es imponible a todo costo por causa del método. Del mismo modo que las patologías graves nos han desafiado a modificaciones y plasticidad en el manejo de nuestro instrumento, el contexto impone diferentes realidades.

Otro tema para nada menor es si lo que lleva a diluir el psicoanálisis tiene que ver mayormente con el encuadre o con la posición y objetivos del analista. No son excluyentes, es cierto. Pero nuestras realidades culturales parecen hacer cada vez más difícil sostener la tensión transferencial, el descentramiento racional y la asimetría funcional que requiere el psicoanálisis. La tendencia imperante a las técnicas y múltiples especialidades que incluyen al psicoanálisis rápidamente en modos asistenciales médico-psicológicos tienen, en mi opinión, esos riesgos. Me refiero a su forma de inclusión, no a que debemos mantenernos al margen de la demanda asistencial.

FORMACIÓN EN PSICOANÁLISIS PARA OTRAS PRÁCTICAS, PROFESIONES Y OFICIOS

Abrirse es también considerar que el psicoanálisis no solo está llamado a formar nuevos analistas dentro de los objetivos formativos de una asociación. Desde los orígenes los analistas y las instituciones han ido transmitiendo el psicoanálisis a otros ámbitos de la cultura, a otras disciplinas, sin el objetivo de formar analistas sino de hacer conocer lo que el psicoanálisis descubrió en experiencias muy singulares que otros no tuvieron. Esto hizo que antropólogos, escritores, historiadores, psicólogos, médicos, artistas plásticos, maestros y docentes, pedagogos, neurólogos y psiquiatras dispusieran de conceptos e ideas del psicoanálisis que les abrieron el horizonte teórico y práctico de sus quehaceres y también abrieron un camino de reciprocidades, tanto de los conocimientos como de las experiencias, lo que nutrió también al psicoanálisis.

¿Cómo podría haber ocurrido todo eso tanto tiempo y por momentos de forma tan fecunda si no hubiera dejado una demanda de formación tanto hacia los analistas en particular como hacia las instituciones analíticas en general? Esas demandas existen sin que podamos darles cabalmente trámite por el temor a estar formando analistas salvajes.¹² Tenemos una demanda, muchas veces intensa, de psicólogos y psiquiatras en relación con sus prácticas necesitadas de instrumentos psicoanalíticos. No creo que estas demandas estén bien respondidas ni en calidad y profundidad, ni en reconocimiento oficial, tal como les es requerido en la actualidad.

También tenemos una demanda de las disciplinas o ciencias del sujeto para incursionar en la teoría o en las teorías psicoanalíticas —no en la clínica— a la que respondemos quizás aún peor, si es que respondemos.

Nuestra subsistencia como psicoanalistas y, lo que es más importante aún, la del psicoanálisis mismo no dependieron ni dependen solamente de que las sociedades psicoanalíticas hayan tenido institutos de formación de analistas; también dependieron y dependen de que los analistas cada uno

12 Freud, S. (1910). *Sobre el psicoanálisis «silvestre» (o «salvaje»)*. O. C. Tomo xi. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

y las instituciones hayan trabajado con el psicoanálisis en otros campos transmitiendo y formando a otros trabajadores de la cultura y las ciencias. Reunirnos para el desarrollo interno de la ciencia y la formación de nuevos analistas es una actividad necesaria y central, sin duda, pero también nos ha dejado formas enquistadas (religiosas y económicas de funcionamiento) que no han sido favorables. El espíritu de los siete anillos, espíritu de secta, de exclusividad, endogámico, se cultiva en exceso. Y una apertura más libre de las experiencias y los pensamientos queda ahogada en ese intento de control y cuidado de la herencia.

Otro tema conectado es que las demandas vienen con un formato prevalente de las formas actuales del conocimiento y su reconocimiento (formaciones universitarias en el formato de especialidades, diplomaturas, maestrías y doctorados, por ejemplo). No es posible sortear este aspecto. Podríamos separar totalmente el psicoanálisis de la enseñanza universitaria o podríamos ponerlo en paralelo a una enseñanza de grado pero no de posgrado; ahí tendríamos gente más joven y no necesariamente formada antes como psicólogos o médicos. Pero no es así hoy. Hay formas que nos determinan quizás en un *avant coup*. Es imposible sortear esto, sería como querer sortear las libertades que perdemos al entrar en una lengua. Solo podemos trabajarlo y hacerlo producir después. Todos los profesionales jóvenes llamados hoy a trabajar en un sistema de seguridad en salud carecen de formación para lo que han sido llamados a hacer. Requieren que los que tenemos experiencia y conocimientos vinculados a ellas se los transmitamos para poder operar en sus prácticas.

No podemos *hacer la vista gorda* como si eso no existiera o quedarnos comentando lo malo que es el sistema. Los cursos o cursillos que damos en actividades de difusión son insuficientes para instrumentarlos e insuficientes porque no disponen de reconocimiento oficial que les permita mostrarse instrumentados. Ambos factores son decisivos para quien decide realizar una formación hoy. Se trata de un área de formación (de nada vale no decirlo porque lo ha sido siempre) que requiere ser reformulada para que responda cabalmente a la demanda existente, a la vez que claramente diferente de la formación de analistas.

Otra área de formación es la de teoría o teorías psicoanalíticas. Un área solamente teórica para todos aquellos que requieran formarse en

psicoanálisis teórico. No estaremos formando «analistas silvestres» pues no serán analistas. Serán personas con otras prácticas que harán engarces diferentes con la teoría que aprendan o recreen, de acuerdo con sus experiencias. Pero si ellos mismos lograran una articulación personal entre teoría analítica, análisis personal y práctica analítica con pacientes, no está en nosotros la autoridad para desautorizarla. Nosotros podemos ofrecer un ámbito formativo que nos parece mejor y auspicioso, pero eso no significa que descalifiquemos otros ámbitos o modos de gestar un analista.

Claramente se trata de romper, una vez más quizás, con el círculo de los siete anillos, con el control de lo heredado, porque es falaz, no es posible, y aun si lo fuera no sería vital para el psicoanálisis. Ahora, ¿cómo hacerlo? Es a partir de la singularidad de cada instituto en su contexto actual y su historia, y es con las nuevas generaciones de candidatos y analistas que podrán construirse los nuevos proyectos, que siempre tendrán mucho de aventura. ♦